

Expreso, 12 de febrero de 1996.

MIRANDO AL FUTURO

Por Alfonso Baella Tuesta

La semana pasada el presidente Clinton promulgó, en la Biblioteca del Congreso, una ley que calificó de "revolucionaria", que pone a las leyes de los Estados Unidos "a la par con nuestro futuro" y que traerá "el futuro hasta nuestros umbrales". Asistieron a la ceremonia el vicepresidente Gore, el presidente de la Cámara de Representantes y líder de la oposición New Gingrich y el senador Larry Pressler, promotor del dispositivo legal.

La ley, promulgada con tanta solemnidad, permite a las compañías de teléfonos locales, a los servicios de larga distancia y a las empresas de cable ampliar sus radios de acción y competir entre sí. En otras palabras, multiplica y abarata las comunicaciones.

Se anticipa a lo que será la sociedad del próximo siglo, formada por personas que, como vecinos de esta aldea global que se llamará siempre "Tierra", estarán individualmente identificadas y, por tanto, comunicadas.

Pero será una sociedad, gracias a esta ley, con niños protegidos contra la violencia y el vicio. Los receptores de televisión tendrán un dispositivo desde el cual los padres podrán bloquear los programas indecentes.

Nos podemos situar en la escena de la promulgación de esta ley para avizorar lo que será el futuro, la sociedad del próximo siglo. El Presidente ha escogido la biblioteca de Washington, es decir, una institución que representa la sabiduría humana, para promulgar una ley. Lo hace en presencia del Vicepresidente, que encarna la continuidad humana del régimen, del presidente de la Cámara de Representantes, que es republicana y lidera la oposición al Presidente, y firma con la pluma que usó otro presidente de la República, que fue republicano y no demócrata como Clinton.

La ITT y la ATT han sido fragmentadas hace rato. Los monopolios son inconvenientes en la aldea global, en la Tierra del siglo XXI. Por eso se siguen fragmentando, por mandato de la ley; no por caprichos de los grupos de poder.

Pero nosotros parece que, en vez de mirar al futuro, nos empeñamos en mirar, como la mujer de Lot, atrás, al pasado. Dicen los políticos que Petroperú debe ser un monopolio, que si privatizarla es malo, hacerlo en forma fragmentada es peor.

La sociedad del futuro tendrá instituciones de gobierno con verdadera autonomía. Es decir, con presidentes, vicepresidentes y parlamentarios elegidos sin fraude y que gobiernan sin pisarse los callos unos a otros.

Pero insistimos en mirar al pasado. Aquí, de acuerdo con las circunstancias, cuando no hay forma de que alguien salga con su gusto, busca la solución extraconstitucional. Como la privatización de Petroperú es inevitable, se quiere que la Fuerza Armada diga que privatizarla está mal; y como ni la Fuerza Armada ni nadie va a suplantarse a las instituciones elegidas por el pueblo, el Cardenal se ofrece como intermediario para resolver un problema que no es teológico sino técnico.

En Estados Unidos, la producción de petróleo está en manos privadas; su refinación y distribución también. Aquí no. Queremos que todo lo haga el Estado. En todo país donde las cosas se manejan con el cerebro, pensando en todos los pobladores y no sólo en su burocracia, las empresas públicas no existen. Las que hay están en vías de extinción. Esto ocurre en Rusia y en los países ex comunistas.

Aquí, hay quienes piensan que debemos sostener empresas públicas que son las culpables de 3,600 millones de dólares de pérdidas en tres años de la presente década. La SUNAT acaba de publicar una relación de otros destacados deudores, que siguen aferrados a la "teta presupuestal", a la cabeza de los cuales están las cooperativas azucareras. ¿Por qué los trabajadores que pagan impuestos van a pagar los despilfarros de los otros que no trabajan y pierden dinero?

La sociedad del futuro será una comunidad de competidores. El Estado dirigirá el tránsito, en el sentido más amplio de esta palabra. Los habitantes de la Tierra deberán cumplir las leyes que garantizan derechos e imponen obligaciones, para que los servicios sean eficientes y el hombre viva cada vez mejor, con dignidad y libertad.

Discrepantes pero solidarios en un propósito: progresar.